

JOSÉ ZEPEDA

Entrevista a la escritora Elsa Osorio

“Esta novela es un intento de romper el círculo de la mentira”

*Una mujer busca en Madrid a su padre para hablar de su historia. Esa mujer nació en Argentina en los años de la última dictadura. Su madre fue asesinada por las Fuerzas Armadas, su padre escapó. Ella fue adoptada por una familia liderada por un alto jefe militar. Con ágil estructura novelística, en su libro **A veinte años, Luz** (Alba Ediciones, Barcelona, 1998), la escritora argentina Elsa Osorio ha contado a miles de lectores, en varios idiomas, el drama del secuestro de niños y el papel de la mujer a través de múltiples personajes, en una historia política reciente que tiene y tendrá un fuerte contenido personal.*

José Zepeda es director del Departamento Latinoamericano de Radio Nederland

Pregunta.- Si no hubiese habido impunidad, si se hubiese condenado a los responsables, ¿habría tenido la misma necesidad de escribir *A veinte años, Luz*?

Respuesta.- Es difícil saberlo. Cuando comencé con este proyecto literario no sabía realmente a dónde iba a llegar. Una de las cosas que verdaderamente me asombraron fue que al “volver” a esos años, a 1976, me di cuenta de que el miedo había quedado intacto en alguna parte de mi cuerpo. Un miedo que podía salir con toda su ferocidad. Ya sé que no es el objetivo de una novela, pero a mí me sirvió mucho. Me hizo mucho bien escribirla.

Por ejemplo, para el delito de apropiación de menores las leyes de la impunidad no prescriben. Sin embargo, hace menos de dos años que están siendo juzgados algunos de los responsables. Creo que no es la ley lo que cambió, sino la

Yo no estaba a favor de la lucha armada, pero creía que había que modificar cosas en mi sociedad

actitud de los jueces, que ahora tienen otra visión, seguramente influidos por los procesos judiciales que hay en otros países, concretamente, de una manera notable el de España, el del juez Baltasar Garzón.

P.- Entonces usted está convencida de que el papel que ha jugado Garzón, no sólo en el caso argentino, ha sido decisivo para dar un golpe de timón a la justicia en algunos países donde ha reinado la impunidad.

R.- Sí, pienso que es muy importante porque la sociedad internacional ha tomado conciencia a partir del caso Pinochet. Cuando se lo detiene en Londres, se genera una solidaridad internacional que influye mucho para que nuestros países de América Latina puedan todavía, de alguna manera, asomarse a la justicia. Por supuesto que todavía faltan enormes pasos que dar para llegar a ella.

P.- ¿Cuáles eran sus circunstancias personales en esa época, en 1976?

R.- Tenía mucho miedo porque habían comenzado a secuestrar. Incluso antes del golpe militar, la Triple A, la Alianza Anticomunista Argentina. Luego, en 1976, no se sabía exactamente qué era lo que podía pasarnos, quiero decir, las consecuencias de los secuestros y las desapariciones no eran hechos muy claros. Uno podía pensar que lo iban a meter preso. Quiero aclarar que yo no estaba a favor de la lucha armada, pero creía que había que modificar cosas en mi sociedad y sabía que esto era suficiente para ser detenida. Por otra parte, como circunstancia personal yo estaba embarazada. Esto influyó para temer lo que habría de confirmarse años después.

No recuerdo cuándo me enteré concretamente de que robaban a los chicos y se los quedaban, se los entregaban a familias militares o a adictos al régimen.

Si hubiese pensado mucho no habría escrito este libro. Quiero decir que fue más un proceso de dejar salir aquello y trabajar los personajes que de hacer una reflexión, como me veo obligada a hacer ahora a causa de las preguntas. Hay preguntas que me hacen para las que yo no tengo respuestas. “¿Lo sabía en aquel momento?” No, no lo sabía. Pero lo intuía. He hablado con una amiga, con una compañera de entonces; ella también estaba embarazada en esa época y su compañero estuvo secuestrado, aunque lo soltaron rápidamente. Pudieron venirse a España y cuando tuvo a su hijo en este país, en el hospital, ella decía que por favor no lo apartaran de su lado. Lo hablamos el verano pasado. Es decir, que lo hemos hecho ahora que nuestros hijos tienen ya 24 años.

P.- Esto es vital, porque cuando usted habla de intuición, de presentimiento, es una parte importantísima de la personalidad de la protagonista, a la que nadie reclama, sino que ella es la que busca. Aquí y allá, durante el transcurso del relato, ella presente, intuye... y al final de cuentas todo resulta más o menos cierto. Es decir, todas sus intuiciones son verdaderas.

R.- A mí me ocurrió una cosa muy curiosa tratando de meterme en este personaje, Luz, que es la otra generación. Se produjo casi una corriente y así pude

plantearme interrogantes que si no los hacía desde Luz, quizá nunca podría haberlos imaginado. Por ejemplo, ¿por qué teníamos hijos en ese momento?

P.- Hay una acusación muy grave de parte suya como escritora. En un párrafo dice: “Bueno, es cierto, ahí están los culpables, los asesinos, los responsables de la desaparición de personas. Pero cuál es la responsabilidad de los padres que les dieron vida a esos seres que han sido desaparecidos. Cómo se atrevieron a engendrar a alguien en las circunstancias en las que estaban viviendo”.

R.- Sí, es una acusación porque, por un lado, la protagonista Luz realmente desea —por decirlo de esa forma— ser hija de desaparecido. Se entera primero de la historia del país que le ocultaron y toma una posición ideológica antes de saberlo todo.

Y es una acusación porque al pensarlo desde el lugar de estos chicos tuve una obsesión enorme con ponerme en ese lugar, me salió como reproche, como tantos otros que ella le hace a su padre Carlos. Deseaba ver las distintas facetas, como la escena de la marcha de repudio a los veinte años del golpe. Ella puede, entonces, atar cabos y pensar en su propio origen. Es una parte importante de la historia, pero la otra parte es que ella no es de nuestra generación.

Alguna vez una hija mía me dijo: “y ustedes, ¿qué hicieron?” Pregunta difícil de responder. Luz le dice esto al padre y él no sabe que decir. Pero luego hay una vuelta en eso, una reparación. Cuando Carlos habla de su compañera, le dice cuánto la quería. Entonces Luz, aunque tiene reproches, también tiene la devolución de otra cosa: “¡Ah, entonces, yo era una hija deseada!” Algo que ella nunca ha sentido y que yo quería mostrar. Cuando un joven, un niño es educado en la mentira, jamás se puede sentir bien.

P.- Sin embargo —y usted, que es argentina, lo sabe mejor que yo— existen algunos hijos de desaparecidos que han optado por quedarse con los victimarios y no con las víctimas. Incluso hermanos en el que uno decide volver a su familia y el otro quedarse.

R.- Es una situación muy difícil porque los afectos, el amor, el odio... no desaparecen o aparecen el día que uno se entera de algo. Yo creo que hay un proceso psicológico que estos chicos tienen que vivir en estos casos. Concretamente hablo del siniestro caso de los dos mellizos, del que la prensa argentina hizo un manejo vergonzoso. Pero podría decirle, primero, que es excepcional: la mayoría de estos setenta chicos que han aparecido han tenido una reacción positiva para con sus padres auténticos. Por supuesto que al principio es difícil. También depende de la edad en que se han encontrado, porque un niño es distinto de un adolescente.

P.- Estamos hablando ahora de los chicos que empiezan a buscarse a sí mismos.

R.- Cuando yo escribí esta novela, esta obsesión que me dio, pensaba que pasaría con los chicos que nadie busca, porque tampoco hay que creer que

todos tienen una abuela heroica o familiares militantes de los derechos humanos. Hay muchas familias a las que el dolor las pudo, el dolor de la pérdida de sus hijos, y que permanecen inmóviles. En el caso de estos mellizos, que estaban con el comisario Miara (el propio torturador de su madre biológica), no aparecieron porque los buscara su familia. Fue una persona que había sobrevivido, que buscaba a sus hijos y sabía que su compañera de celda había tenido mellizos. Así se encontraron: se sospechó que eran los hijos de Miara. Éste había huido a Paraguay.

Pensando en esto y en otras cosas que una escucha —como algunas culpas que hay en la sociedad argentina, algunos secretos, sospechas de que algunos chicos que hay por ahí no se sabe quiénes son— yo medité: ¿qué pasaría con estos chicos? Al no buscarlos nadie, era improbable que se encontraran. De ahí surge mi personaje.

No había ningún registro, por lo menos nadie conocía que existiera un chico que buscara sus orígenes. Pero paradójicamente, cuando la novela se publica en España —con una semana de diferencia— apareció el primer caso de una chica que busca su origen. Sin embargo, era una chica adoptada de buena fe. Sus padres adoptivos estuvieron de acuerdo y la ayudaron.

Cuando mi novela apareció en Argentina, hubo otra chica que me localizó por la editorial. Conversé con ella. Un caso diferente. El padre sigue desaparecido y su propia madre le ocultó quién era para que no sufriera. Y esta chica, a los 20 años, empezó a realizar su búsqueda. Al cabo la madre le confesó la verdad, pero antes de eso la muchacha ya había ido a las abuelas de la Plaza de Mayo y dio todos los pasos que realiza mi personaje. Fue muy conmovedor hablar con ella.

Hoy se ha hecho una campaña en Argentina para que los chicos que desconían de su identidad se animen, porque es una situación muy difícil. Algunos viven muy cómodamente pero, en poco tiempo —en lo que va de finales de 1998 hasta ahora— más de 200 chicos se han acercado con las sospechas de que son hijos de desaparecidos.

P.- Después de leer su novela me dio la impresión de que una de las más importantes lecciones que podríamos sacar de la lectura es que en toda dictadura, y particularmente en la de Argentina, toda la vida de la sociedad esta determinada por la mentira. Es decir, todos están obligados por una u otra razón a mentir.

R.- Pienso que es así. Quizá la novela es ese intento de romper el círculo de la mentira, porque creo que no se puede tapar. Por más que la sociedad lo intente, como ha hecho la argentina, cada vez son más los sectores que no quieren vivir sobre la mentira de esa época. Yo no soy de la idea de poner el dolor en primer plano, pero digo que hay que saber. Sucedió tal y tal cosa, y de ahí poder vivir.

P.- Incluso la vida mentirosa de las víctimas.

R.- ¿En qué sentido?

P.- En que estaban obligadas a mentir a sus familiares para no provocarles dolor. Usted lo acaba de decir, la madre que no le cuenta a la hija, para no causarle dolor, que el padre era un desaparecido y que no apareció más. Unos mienten para mantenerse en el poder y otros para poder seguir viviendo.

R.- Claro. Está además lo que se ha hecho con la víctima cuando se la ha querido destruir psíquicamente. La tortura, concretamente, produce muchas más cosas que el sufrimiento físico: la delación. Nadie debería juzgarla. El martirio obliga a traicionar y eso es terrible. Van a hacer falta muchos años para que algunas cosas puedan ser dichas.

Hay mujeres que se han dejado humillar —por decirlo de alguna manera— dentro de un campo de detención para salvar la vida y, obviamente, mienten para todos lados. Mienten a la persona que las está humillando, mienten a su compañeras de infortunio, pero ¿quién puede decir lo que está bien y lo que está mal?

Podría contar un caso. En un momento, alguien me pidió hablar por Internet con una persona que yo no sabía quien era, pero ella sí sabía quién era yo y quería consultarme. Se trata de una mujer que estuvo en un campo de detención y tuvo un hijo con un represor. Ella dice que no era un torturador. Tuvo un hijo y el niño se lo llevó el tipo. Esta mujer, joven aún, era menor de edad en ese momento. Ahora es una señora casada y tiene tres hijos. Su marido y sus hijos ignoran estas circunstancias.

Ella, al leer mi libro, se sintió terriblemente culpable de abandonar a su hijo y pensó que yo la podía comprender. Mi primer comentario fue: “Es lógico, porque nadie va a buscar el producto de una violación”. Entonces me replicó que no fue hijo de una violación, que era una relación amorosa que ella había aceptado. Lo único que se me ocurrió decirle a esta persona es que el amor se elige libremente. En un campo de detención, ¿qué libertad hay para elegir? Debe haber un infinito campo de cuestiones que nosotros no conocemos. Casos muy difíciles de resolver y mentiras que siguen, que continúan. Esta pobre mujer ha seguido mintiendo, es decir, que el terror de alguna manera se prolonga, porque su terror ahora es que su marido se entere. Necesitaba tomar una decisión y ahora está buscando a su hijo.

P.- Me gustaría hacer referencia a una protagonista, la “madre postiza” de Luz. Está tratada perfectamente en su obra, con la licencia literaria que se puede permitir un escritor. Una digna representante de los tiempos de la infamia. Sin embargo, usted es lo suficientemente benévola para hacerla hija de un militar, porque lo cierto es que parte de la sociedad de nuestros países no son hijas de militares y piensan exactamente lo mismo que ella.

R.- Es así. La verdad es que Marianas hay muchas. Creo que con ese personaje me ensañé. Tenía ganas de mostrar esa vertiente, cómo podría decir... el “entrecasa” de la ideología, de esa ideología siniestra. La madre postiza de Luz representa toda la ideología de la muerte. Todo lo que en Luz tiene que ver con la alegría, con la sensualidad, el hecho de que baile o tenga una relación con chico, todo está mal. Y la relación se agrava por la negación espantosa de todo lo que ha

*La madre
postiza de Luz
representa
toda la
ideología de
la muerte*

pasado. Cuando Luz comienza a enterarse de los detalles de la dictadura, yo quise plantear que un chico no puede pasar de un día a otro del amor al desprecio. Ella exclama "mi mamá no puede saber esto, es una pesada, es molesta, pero no puede saber esto y aceptarlo". Luz no puede aceptarlo. Entonces va a buscar a Mariana con la esperanza, aventuro, de que no lo sepa. Luz se da cuenta de que Mariana niega y niega y niega. Empieza a hablar de Alfonsín, de la hiperinflación, de cualquier cosa. Ceguera total. Bueno, hay muchas personas que son como Mariana.

P.- Dice usted muy bien, todo está mal, desde lo más simple, como que esta muchachita se ponga a bailar, que siempre le dé por bailar. Pero, ¿no está ahí latente, en el inconsciente, un complejo de culpa permanente de Mariana? Es decir, "esto no es mío y por eso me irrita todo". Es mi hija pero no lo es. Su presencia me recuerda el delito. Por eso digo que ha sido usted benévola, porque le da el beneficio de la duda, la hace hija de militar y es una mujer permanentemente acosada por la culpa.

R.- Puede ser que en ella haya culpa porque esta idea de que todo lo que no le gusta de Luz es genético es una idea fuerte. Pero también quise reproducir en este personaje una especie de "ensalada", como se hacía en la época con todo lo antirrégimen. Por ejemplo, lo que no era sistema militar era el enemigo. Yo estaba en la Facultad de Filosofía y Letras. Para los uniformados esta Facultad era guarida de drogadictos, homosexuales y guerrilleros. Para gente que pensaba como Mariana, nosotros éramos sujetos peligrosos. Lo mismo si estudiabas Psicoanálisis o si pertenecías a las asociaciones estudiantiles, las gremiales. Todo malo. "Nosotros sabemos donde está el bien, lo correcto". Esto representa Mariana. Ella también podría haber sido una víctima, en el sentido de que ella es engañada, porque es terrible para una mujer tener un hijo y no saber que este hijo no es suyo. ¡Un engaño espantoso! Pero sin embargo, cuando ella se entera, nos damos cuenta de que podría haber hecho lo mismo. Ella es como su padre. Estamos con un personaje que cambia ante los ojos del lector pero, digamos, para el mal.

P.- Y frente a ella y los suyos hay otro tipo de personaje, como el padre postizo de Luz y Miriam, una prostituta. Les ocurren hechos tan decisivos que generan una suerte de iluminación, que voy a permitirle llamar "humanización", que es definitiva. Es decir, optan por el bien, optan por cumplir una responsabilidad humana más allá de las ideologías.

R.- Esa idea es la que me animó en la construcción de estos personajes. Lo reconozco como intención pero quizá este sea el motivo por el que alguna gente detesta mi novela en Argentina.

P.- ¿Por qué?

R.- Porque si yo tomo el militar represor, el torturador y el militante político, hay enormes sectores de la sociedad que pueden verlos representados en un teatro, en el cine, pero que no son ellos. Quiero decir, es fácil eludir cualquier identifi-

cación. Yo no pido que la gente se identifique con Miriam, pero si esta chica incul-ta, con estas circunstancias, pudo reaccionar tan valientemente ante el horror de la dictadura, ¿por qué no lo hicieron otros?, ¿por qué no lo vieron? El caso de Eduardo, el padre postizo de Luz, es más fuerte porque ahí se toca a un sector social. Hay una fiesta que yo describo, porque he visto eso de alguna manera: el temor a hablar en una reunión —ya en los años ochenta y pico—, el temor a hablar delante de alguien que pueda denunciarnos. Ése es el miedo que se le tiene a Mariana.

Son distintas maneras de ceder y a mí me interesa hablar a todos, porque el tema del robo de niños concierne a todos, toda la sociedad debe sentirse involucrada. No lo hice para molestar a nadie, pero no me disgusta molestar. Sólo que es algo sorprendente para mí la reacción de alguna gente, que no ha querido leer la novela aunque ha leído otros libros míos.

P.- Insistamos en este punto. Usted dice que nos atañe a todos. Es como decir aquí está la historia. Mírese en el espejo y siéntase culpable, porque usted también fue parte de ella. Pero, ¿no estaba una parte de la población frente a un drama irremediable? Es decir, el que no era represor ni víctima tenía dos caminos por delante: uno, hacerse parte de los victimarios; dos, hacerse parte de las víctimas. Frente a esta posibilidad, no opta por ella porque tiene miedo. Entonces “mira para el techo”, que es lo que ha hecho una parte importante de la población —no sólo de Argentina sino de las dictaduras de América Latina— con excusas tan absurdas como “Nosotros no sabíamos, ¡quién se iba a imaginar que eso estaba pasando en nuestro país!”

R.- Creo que en Argentina y, supongo, también en otros países de América Latina, hay culpables imprecisos. Por eso quise pintar a Eduardo, que tiene una responsabilidad singular, porque no es lo mismo ser débil a ser un asesino, dueño de la vida y de la muerte. Pero yo diría que, aunque no me gusta la literatura con intención, si hubiera una intención sería una invitación a sumarse a una actitud digna.

He recibido correos electrónicos bastantes extraños. Un ejemplo es alguien que me dice “yo soy de aquellos que no sabía, que no me había dado cuenta de que esto pasaba y realmente te agradezco”, etc. Y yo digo, ¡qué bueno! Me contaron el caso de una señora que tiene hijos adultos, que leyó la novela en Argentina y que no ignora este drama de los chicos, pero que lo tomó como una causa de la mujer. Dijo que no sabía lo que se hacía a las mujeres. No sé, a lo mejor lo que le pasó es que no había podido sentirlo como dolor sino como estadística. Entonces esta señora obliga a leer la novela a su marido y a sus hijos. Esta sensación de culpa en la sociedad, cuanto más se conozca, mejor, porque va a salir la verdad.

P.- Le voy a contar mi visión personal sobre los represores. Cuando salí de Chile, yo tenía la certeza de que los asesinos, los que hacían desaparecer gente, los que torturaban, eran de una u otra forma seres con patología mental. Después de escuchar tantos debates y participar en tantas reuniones tuve la certeza pavorosa de que eran seres como nosotros, que iban a misa,

*A través de
Luz, haciendo
una especie
de mezcla con
mi propio
personaje,
pude
recuperar la
esperanza*

que tenían hijos, que los llevaban a la escuela. Y hoy he vuelto a cambiar de opinión. Quiero creer que los represores son una combinación de ambas cosas: de alguna forma son seres normales, pero me niego a creer que sean como nosotros. Debe haber algo que los hace distintos.

R.- Sí, el personaje del Bestia. Yo quería que la novela tuviera muchas voces y me asustaba un poco el hecho de que pareciera decir: estos son los malos, estos los buenos. El personaje del Bestia fue el más difícil para mí. Siempre lo tomé en tercera persona y en pasado, y me ponía muy mal. Pero no quería ponerlo con una picana en la mano. Me parecía que tomarlo en el corazón de la impunidad era tomarlo en el hospital, esperando a que nazca esta niña, la hija de Liliana, la detenida desaparecida. Ahí estaba el Bestia llamando a su novia para decirle “tuviste un bebé, te felicito, pesa tanto, mide tanto”. Quería ponerlo ahí, enamorado, del lado de las cosas normales, con un grado de ternura, porque es una bestia, un torturador, pero es un tipo que también ama. Su prepotencia le hace pensar: “me apropio de esta niña porque quiero a esta mujer que es espectacular y, como ella ansía un nene, pues le regalo un nene, como le podría haber regalado un abrigo de pieles”. El Bestia se emociona, cuando lo que esta haciendo es abominable, está utilizando a un ser humano para tener un hijo y robárselo.

Por supuesto tienen una patología difícil de comprender, pero no son seres de otro mundo. Desgraciadamente no son de Marte, son de la Tierra y están por ahí, sueltos. Yo también sostengo que no son como nosotros, pero entonces, ¿por qué están sueltos, ocupando lugares en la sociedad? No hay que ser víctima para sentir que esto es incorrecto.

P.- Antes ha dicho que no le gusta la literatura de intención. Para no gustarle, ésta ha sido una novela muy intencionada, ¿no le parece?

R.- Lo que yo quiero decir es que, posiblemente, el desarrollo de la novela haya modificado cosas. No me gusta la novela didáctica como intención; yo no escribo para nada determinado. Aunque me sucedió con esta novela. Quizá porque refleja algo tan importante, algo que partió en dos nuestra historia, es imposible no estar implicado en ella. Yo pude revivir el terror. Se puede revivir y al revivir esas circunstancias, la necesidad de que estos chicos se encuentren es también una necesidad egoísta de reencontrar nuestros propios ideales. Equivocados o no, en la novela no hago ninguna diferencia. Hay un personaje, militante del ejército revolucionario del pueblo, que dice: “la mataron porque quería una sociedad más justa”. Esto, desgraciadamente, me parece que alguna gente lo quiere olvidar, como si nos diera vergüenza. Obviamente éramos muy jóvenes, algunos éramos ingenuos.

A mí me pasó que, a través de Luz, haciendo una especie de mezcla con mi propio personaje, pude recuperar la esperanza. La palabra es también una curación. La palabra sirve.